



National Cursillo® Movement

National Cursillo® Center • P.O. Box 799 • Jarrell, TX 76537 • 512-746-2020 • Fax 512-746-2030 • www.natl-cursillo.org

Kerigma y Cursillo

Presentado por el Obispo Carlos A. Sevilla, S.J., Asesor Episcopal Nacional, en el Encuentro Nacional de Cursillo celebrado en la Universidad de Lewis en la Diócesis de Joliet, IL – el 06 de agosto de 2016.

Introducción

Yo viví mi Cursillo en la Diócesis de Yakima la cual está localizada en el Centro del Estado de Washington. Hay tres puntos de referencia en la Diócesis de Yakima que me ayudaron a encontrar las gracias que yo necesitaba en mi Cursillo. Me gustaría usarlos como símbolos explicativos que me ayudarán a desarrollar este discurso de apertura en el Kerigma y Cursillo. Los tres puntos de referencia son: primero, las Montañas de la Cascada (Cascade Mountains) que forman el límite occidental de la Diócesis de Yakima; segundo, el Río Columbia que es el límite fácilmente identificable de la Diócesis de Yakima al norte, este y sur, así como, finalmente, y tercero, la Iglesia Misión St. Joseph en donde el evangelio encontró su primer hogar permanente en la Diócesis de Yakima. Como una forma de explorar la relación entre el Kerigma y los Cursillos, me gustaría ofrecerles esta presentación para destacar las áreas de los tres tópicos que acabo de mencionar: las Montañas, el Río Columbia y la Misión St. Joseph.

I. Las Montañas de la Cascada (The Cascade Mountains)

Si tomamos un vuelo sobre estas montañas desde Seattle al este llegamos al centro del Estado de Washington y tenemos una maravillosa vista de esta parte del Estado con su paisaje de lo alto del desierto, así como por ejemplo sus ciudades como Yakima, sus pueblos, colinas, campos, huertos, valles, represas y ríos. Pero más cerca de la experiencia de la mayoría de todos nosotros, sabemos lo maravilloso que es estar en la cima de una montaña, una colina, un edificio alto, y así gozar de la vista que nos ofrece lo que nos rodea y nos ayuda a comprender la realidad total de la que somos parte. Por esa razón es importante mirar de cerca lo que llamamos Cursillo, Kerigma y lo que entendemos por alegría.

A. Primero: Cursillo

Como nosotros sabemos Cursillo de Cristiandad es una forma única de evangelización y una manera totalmente comprometida de vivir la Buena Nueva que es la sustancia de esa evangelización. Pero para ser consistente con el contenido de la Buena Nueva que es proclamada, esa Buena Nueva necesita ser proclamada de una manera que esté diseñada para obtener respuestas positivas de conversión y compromiso de aquellos a quienes está dirigida.

B. Segundo: Kerigma

Kerigma es una palabra griega de tiempos antiguos que, sin traducción alguna, ha sido transferida a los idiomas modernos sin ningún cambio de su significado original, el cual es proclamación, declaración, edicto, o anuncio. Esta palabra es usada más de 70 veces en el Nuevo Testamento, para expresar el anuncio jubiloso y atractivo del evento salvífico realizado por Jesús.

La Buena Nueva del Kerigma necesita ser proclamada primero, con convicción. "Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." (Mateo 28,19). Esa proclamación también necesita ser vista como el testimonio de un testigo que encuentra alegría en el desafío de la Buena Nueva. "Sean mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los límites de la tierra." (Hechos 1,8)

Estamos hablando sobre una predicación dinámica, apasionada, algo que toma en cuenta el hecho de que la doctrina sólo puede tener su pleno significado cuando resulta de un nuevo estilo de vida. Esta irrupción del contenido vivo de la cristiandad por su naturaleza incluye una invitación personal para vivir lo que se cree.

Kerigma es una proclamación conmovedora, directa, constantemente llegando a la conversión. Todo anuncio kerigmático debería tender directa e inmediatamente a despertar el deseo de un cambio que lo absorba todo – nuestros principios, nuestro comportamiento y toda nuestra vida. Si una proclamación no cobra vida con ese incentivo convincente hacia la conversión, no es el kerigma que define al Cursillo.

Por lo tanto, kerigma no mira simplemente la aceptación de las verdades importantes de nuestra fe católica como la Trinidad, el Misterio Pascual y la Iglesia como el Cuerpo de Cristo. Kerigma mira hacia la aceptación de las formas de dar vida y transformación en que Dios ha revelando e infundido Su misericordia y continúa revelando e infundiendo para que podamos aceptar la Vida Divina que Él quiere compartir con nosotros.

C. Finalmente, miremos lo que significa para el Cursillo ser un kerigma que es proclamado con alegría. ¿Qué entendemos por alegría?

Primero que todo, en este contexto, alegría es un término técnico, un don del Espíritu Santo. No necesariamente se refiere a un sentimiento de gran alegría o felicidad como cuando hacemos algo especialmente bueno o experimentamos un sentimiento de alegría o un vivo placer cuando alguien es especialmente amable con nosotros o cuando se lleva a cabo una celebración importante. Podemos sentir placer por nuestras propias iniciativas. Pero no podemos causar alegría por nuestra propia iniciativa. Es un regalo de Dios.

La alegría relacionada al Cursillo es una realidad que viene del Espíritu Santo y es dada a nosotros cuando poseemos o somos poseídos por un bien que deseamos y, en esa experiencia, encontramos satisfacción espiritual y paz.

A continuación algunos ejemplos de los evangelios de cómo la alegría irradia de la Buena Nueva que viene del Señor:

“¡Alégrate!” es el saludo del ángel a María (Lucas 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el vientre de su madre (cr. Lucas 1,41). En su canto de alabanza, María proclama: “Mi espíritu se alegra en el Dios que me salva” (Lucas 1,47). Cuando Jesús comenzó su ministerio, Juan exclama: “Por eso mi alegría es perfecta” (Juan 3,29). “Jesús movido por el Espíritu Santo se estremeció de alegría” (Lucas 10,21). Su mensaje nos trae alegría: “Yo les he dicho todas estas cosas para que en ustedes esté mi alegría, y la alegría de ustedes sea perfecta” (Juan 15,11). Jesús le promete a sus discípulos: “Ustedes estarán apenados, pero esa tristeza se convertirá en alegría” (Juan 16,20). Él continúa diciendo: “Así también ustedes ahora sienten pena, pero cuando los vuelva a ver, su corazón se llenará de alegría y nadie podrá quitarles esa alegría” (Juan 16,22). Los discípulos se llenaron de “alegría” (Juan 20,20) al ver al Señor.

La proclamación de la Buena Nueva, el Kerigma, necesita ser alegre porque, en su núcleo, tiene sus raíces en la convicción de que poseemos y somos poseídos por el Único que hace realidad la Buena Nueva, es decir, el Dios que es amor.

Como un resumen, espero haberles dado una comprensión total de la íntima relación entre el Kerigma y el Cursillo, invitándolos a mirar la naturaleza del Cursillo y, por definición, la proclamación alegre de la Buena Nueva que llamamos evangelización.

II. El Río Columbia

Ahora dejemos Cascade Mountains, agradecidos por la perspectiva simbólica global que nos proporcionan del horizonte que define el Cursillo, y empecemos con el Río Columbia como el segundo símbolo importante de las gracias que yo experimenté en mi Cursillo.

El Río Columbia comienza como un pequeño riachuelo en las Montañas Rocosas de Canadá y llega a Estados Unidos en la esquina noroeste de Montana a través de Idaho, el Estado de Washington, el límite norte de Oregón y finalmente en el Océano Pacífico después de un recorrido de unas 1200 millas, la mayoría de ellas a través del Centro del Estado de Washington y la Diócesis de Yakima, haciendo un impacto sorprendente poderoso y de amplio alcance sobre todas las personas del noroeste del Pacífico. El río es una fuente de vida multifacética y una fuente de bienestar, así como un tesoro insustituible.

¿Cuáles son las fuentes de vida abundante para la proclamación kerigmática alegre que es el Cursillo? Es importante nombrarlas para que podamos nutrir las y aceptarlas y, al hacerlo, identificar la genealogía espiritual del Cursillo.

Yo creo que hay tres grandes manantiales espirituales del Cursillo en los que debemos confiar y de los cuales necesitamos para nutrirnos continuamente, no como memorias de eventos pasados, sino como realidades presentes que nos desafían a vivir más autoritativa y plenamente la relación personal con el Señor que Su misericordia hace posible para nosotros. Esos manantiales son los Sacramentos de Bautismo, Eucaristía y Penitencia.

Primero que todo, demos gracias por la nueva vida que nos trae el Bautismo, la fuente primordial sin igual de la Buena Nueva alegremente proclamada que el Cursillo pone a disposición de hombres y mujeres de buena voluntad.

¿Cuál es la nueva vida que viene a nosotros en el Bautismo? San Lucas nos dice en su Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles que el Bautismo lava todo pecado. San Pablo nos dice en sus cartas que por medio del Bautismo compartimos la muerte y resurrección de Jesús, el Misterio Pascual, lo que significa que morimos al pecado y somos victoriosos sobre la muerte. San Juan nos dice en su evangelio que el Bautismo es lo mismo que nacer de nuevo. En el lenguaje del Catecismo de la Iglesia Católica, cuando somos bautizados nos convertimos en hijos e hijas de Dios Padre, hermanos y hermanas de Jesús, la Palabra encarnada, y templos del Espíritu Santo. Somos hechos partícipes de la identidad de Cristo porque nos hemos convertido en miembros de Su Cuerpo, la Iglesia.

¡En otras palabras, el amor de Dios por nosotros viene a través de la Creación, la Redención y la Santificación! ¡Su nombre es realmente Misericordia! El Papa San Juan Pablo II en su libro, *Cruzando el Umbral de la Esperanza*, nos asegura que aunque ser Papa es una gracia magnífica, y que ser obispo es una bendición maravillosa, ninguno de ellos se compara a la increíble efusión del amor de Dios que nos envuelve cuando somos bautizados. Sin lugar a dudas, la alegría con que un cursillista proclama la Buena Nueva está enraizada fundamentalmente en el Bautismo porque a través de él sabemos que Dios está con nosotros y nos ama y que siempre podemos confiar en Él.

Segundo, la Eucaristía es, en mi opinión, otro importante manantial de alegría con que proclamamos la Buena Nueva porque en la Eucaristía nos hacemos uno con la acción de gracia, la traducción en inglés de la palabra griega eucaristía, ofrecida por Jesús a Dios Padre por el Misterio Pascual de Su muerte, Su resurrección y la venida del Espíritu que, en la sabiduría amorosa del Padre, resultó en nuestra salvación y unión con la Santísima Trinidad.

En toda Eucaristía estamos presentes en el Calvario cuando Jesús muere en la cruz por nosotros y en la tumba en el huerto cuando Jesús es resucitado de la muerte por nosotros y en el cenáculo con los apóstoles y María cuando el Espíritu Santo es enviado a morar en los corazones de todos nosotros los creyentes. Esa es la verdad que se hace clara para nosotros por la palabra memorial que ocurre en cada oración Eucarística como un término técnico para atraer nuestra fe y amor. La transformación de Jesús en Su Misterio Pascual es nuestra transformación, así como Él se ofrece a Sí mismo y a nosotros ante el Padre, especialmente cuando somos alimentados por el pan y el vino que han sido transformados en Su Cuerpo y Sangre. Esa transformación significa que nosotros pertenecemos a Dios y Él a nosotros. Dada esta maravillosa verdad ¿por qué no podríamos encontrar en la Eucaristía la fuente dinámica de nuestra alegría?

Finalmente, el tercer manantial de alegría con que proclamamos la Buena Nueva debería ser, en mi opinión, el Sacramento de Penitencia, que a menudo llamado Sacramento de Reconciliación o Confesión. Este sacramento es un manantial de alegría porque de manera continua a lo largo de nuestras vidas, nos asegura que aunque somos y siempre seremos pecadores durante el tiempo que vivamos, la misericordia de Dios estará siempre disponible

para cada uno de nosotros, sin importar nada. De cierta manera, nuestra identidad básica es que somos pecadores que todavía somos amados por Dios quien siempre está dispuesto a perdonarnos. Y el perdón, con la reconciliación que se deriva de él, nos debe llenar siempre de alegría.

Ese perdón es más bellamente disponible para cada uno de nosotros en el Sacramento de Penitencia. Estoy seguro que ustedes recordarán que cuando un periodista le preguntó al Papa Francisco después de haber sido elegido Papa, “¿Quién es usted?” El Papa contestó “Soy un pecador.” Y el Papa también ha dicho que la gracia más memorable de su vida se realizó cuando como un hombre joven en busca de su futuro, fue a confesarse y recibió el perdón transformador y misericordioso del Señor. Ese momento transformó su vida para siempre.

A lo mejor esa experiencia plantó la semilla de la cual el Papa Francisco pudo decir en una homilía, “Todo santo fue pecador y cada pecador puede ser un santo.”

En el Sacramento de Penitencia, por el poder del Espíritu Santo y el ministerio del sacerdote, Jesús está realmente presente con su misericordioso perdón con la misma certeza como cuando se encontraba con los pecadores durante Su vida en la tierra y los perdonaba.

Yo recuerdo una de las primeras confesiones que escuché cuando era un sacerdote recién ordenado. Fue en una parroquia que apenas había sido establecida y que todavía no contaba con una iglesia. La Misa dominical era celebrada en el gimnasio de una escuela pública. La Misa diaria era en el garaje de la casa del párroco que había sido transformado en una capilla con un baño completo adyacente que fue convertido en un confesionario. Cuando yo entré en el baño/confesionario en mi primera visita yo vi un reclinatorio con una pantalla y una cortina que ocultaba lo que había detrás de ella y cubría el espacio a la izquierda para proveer una entrada para que el sacerdote encontrara su lugar detrás de la pantalla. Abrí la cortina a la izquierda del reclinatorio y vi una bañera enfrente mío. Volviéndome hacia la derecha vi la silla en la que me podía sentar para escuchar las confesiones. La silla reemplazaba la plomería que normalmente hubiera estado allí. Poco después de haberme sentado, un muchacho de unos 8 años de edad encontró su camino hacia donde yo estaba esperando por el primer penitente. El muchacho me preguntó “¿Es usted el Padre?” Yo le dije “Sí.” Entonces decidió sentarse en mis piernas para comenzar su confesión. Esa experiencia continúa siendo para mí una señal convincente, cincuenta años después, de cómo la misericordia de Dios es tan accesible para cada uno de nosotros, Sus hijos.

En este Año de la Misericordia debemos mirar hacia adelante, de manera especial, a la alegría que llega a nosotros por medio del Sacramento de la Penitencia.

III. La Misión St. Joseph

El evangelio encontró su hogar permanente en la Diócesis de Yakima gracias a la gente nativo-americana de la Nación Yakama que había oído hablar de los hombres a quienes les llamaban "túnicas negras" que hablaban de manera convincente a las gentes de otras naciones nativas lejanas sobre una divinidad a quien los Yakamas consideraron que tenía características notablemente similares a la divinidad que ellos adoraban.

Esos tunicas negras eran sacerdotes católicos que vinieron como misioneros a la Nación Yakama y establecieron la primera comunidad católica permanente en lo que ahora es la Diócesis de Yakima. Ese esfuerzo, como todos los esfuerzos misioneros católicos, es una expresión de Kerigma que, tal como dije al principio de esta conferencia, es el anuncio jubiloso y atractivo del evento salvífico realizado por Jesús.

Nuestra fe católica debería, además del clero y los religiosos, hacer misioneros a todos los católicos que se han entregado de todo corazón a la propagación del Evangelio. Lamentablemente, sabemos que ese no es el caso. Por eso me parece a mí que los Cursillistas necesitan ser modelos de la evangelización kerigmática que debería ser el ADN de todo católico. En mi experiencia del Cursillo y en la de ustedes, mis hermanas y hermanos Cursillistas, eso es cierto. Este Encuentro Nacional es prueba de ello.

Pero no nos contentemos con todo lo que el Cursillo es y lo que ha hecho por nosotros. Pidámosle al Espíritu Santo que continúe llenándonos más y más con la alegría que nos ayudará a servir todavía mejor a la Iglesia. Si eso es cierto, digamos “¡De Colores!” de nuevo “¡De Colores!!” y nuevamente “¡De Colores!!!”